

Cuando terminé primer año de liceo le dije a mi padre que quería trabajar. Tenía ~~xxx~~ doce años ~~xxxxx~~ y un prontuario liceal como para avengonzar a dos padres de laboriosos la clase media de entonces, ~~xxxxxxx~~ y honestos con el prójimo. Mi padre se rascó la cabeza blanca-a los 35 años el pelo le quedó todo de ese color-y se acomodó el moño colorado que siempre llegaba.

-Está bien-

Hacia el este de la ciudad estaba (todavía está) el jardín de la familia Torres. Era un límite porque después venía una pendiente que llevaba directamente al campo. Uno de los hijos de los dueños había sido compañero de clase y calculé que me darían alguna ocupación. Calculé bien.

La ocupación era tomar dos latas pequeñas, de arvejas o de salsa de tomates, y convertirlas en una sola, más grande. Ahí lo conocí a Ruben. Me llevaba unos tres años y enseguida acaparó mi atención y mi admiración,

El trabajo se cobraba por un tanto y él hacía las latas con gran habilidad. Manejaba el alicate, y las cortaba sin lastimarse nunca y con el alambre que tenía al costado daba costura a la lata nueva más grande. Pero además armaba los cigarros Peruano o Cerrito con gran destreza y si no era más alto que yo, era mucho más fuerte. Tenía unos brazos gruesos y fuertes y un cuello de toro. Y cuando jugábamos a quién escupía más lejos, casi siempre resultaba ganador. Conocía los nombres de las plantas y las flores y hacía acodos, artes que jamás ~~xxxxx~~ pude aprender.

Ruben vivía a una cuadra y media del jardín, con un padre que trabajaba con un carro y una madre que hacía panes exquisitos en un horno de ladrillos que parecía de lejos un hongo perfectamente formado por un buen artesano.

En aquel verano, no tardé nada en frecuentar la casa de Rubén, muchas veces nos

íbamos a un arroyo cercano, un puente que llamaban Puente Blanco, o hacia el sur, a un curso de agua clara desde el que se podía ver la carretera. La vida pasaba apacible y todo tenía un o~~do~~or a cosa limpia y buena. Pero no duró mucho, Una mañana de intenso calor, cuando iba hacia el jardín, vi como a una cuadra de distancia un caballo en la calle. Me desvié y no me costó nada reconocer, al acercarme, el caballo que utilizaba el padre de Ruben. Algo le había pasado, estaba herido y movía lastimosamente, como un insecto, las manos y las patas. ~~tenía unos~~ claros del animal vi la lucha por evitar la muerte que luego vería muchas veces ~~los que se ofrecían a la vida~~ en las personas.

En la casa de Ruben estaban tristes y tensos. Un vehículo había atropellado al animal en la madrugada y por algún motivo no se lo podía sacrificar sin el certificado veterinario,

-Vamos flaco-

Fuimos a la casa del veterinario pero no estaba.

-Fue al campo-dijo la mujer-viene de tarde-

Recién a las diez de la mañana fui al jardín y cuando me retiré, poco antes de las ~~xxx~~ doce, desde una esquina, vi al caballo tirado en la calle. Solo había que esperar unos minutos para verlo mover las patas. Después, mucho después, aprendería que la muerte tiene total prescindencia de nuestros detalles y significados humanos. Como una rara falta de pudor.

En la tarde la situación no cambió nada. Volvimos dos veces y recién en la tarde-cita lo encontramos.

-Ahora no, negro, mañana a primera hora-

El "negro", cariñoso, me pareció falso. ~~xx~~ No le hicieron mella los argumentos sobre el sufrimiento del caballo. Era un trámite. Tenía el pelo rojo y me pareció falso en todo.

Ruben se enojó.

-Me voy a quedar toda la noche con él-

Quizá pensó en ahorrarle el dolor cuando todos ^{preferieron} duemieran. Los padres ~~xxxxxxx~~ de-

jarlo hacer y yo fui a casa y en una cena ~~xxx~~ rápida manifesté mi deseo. A rega-
ñadientes mis padres dijoern que sí. De todos modos me hubiera escapado.

En Salto los veranos son terribles, pero de noche igual refresca. Más si las calles
son de tierra y hay mucho pasto en la vuelta, así que me llevé un cardigan y me
puse un pantalón más grueso. En lo de Cachito, debajo de la Anacaguita llorona, de
paso, ~~xxx~~ compré un Peruano, hojillas y fósforos.

Nos instalamos cerca del caballo y la madre de Ruben, delgada y ~~xxxxxxxxxx~~ nervio

sa, pero con un curioso aire de bonachona como si hubiera sido gorda, nos arri-
mó unos panes frescos. Hacia el norte, a unad dos cuadras, podíamos ver la pared
alta y muda del estadio, y hacia el oeste las luces de la avenida.

Lentamente la ciudad se fue apagando. Siendo adulto, siempre fui receptivo a esa

hora en la que llega cierto silencio. Es una hora de preguntas. Aunque no sé si
en aquellos momentos me pregunté algo. Recuerdo que el caballo ~~xxxxx~~ emitía unos
sonidos lastimosos que me herían la carne y el alma. Ruben iba hasta el animal
y con un encendedor iluminaba su cara. No sé qué buscaba ni le pregunté.

Cuando ya la ciudad dormía completamente, fue hasta la casa y trajo unas mantas,
de esas grises con listas azules que la Cruz Roja reparte cuando hay inundación
y que son ideales para ir de pesca.

-Dormite flaco, no hay roblema-

Pero mucho rato lo oí respirar como con furia; la veía la cara al encender un
cigarro, los ojos fijos en la noche. Yo no podía fumar a su ritmo y él lo sabía,

y quizá saberlo le hacía bien. Pero de madrugada, con las Tres Marías cayendo hacia el oeste, me dormí. En el sueño había caballos blancos, hermosos, como después vi en las películas, y yo corría con ellos y ninguno se caía ni era atropellado ni moría. En la levedad del sueño tuve una sensación de libertad por ausencia de peligro, amenaza o acoso. Me desperté agitado y antes de salir de la modorra del sueño recordé ~~xxxxxxxxxxx~~ la lámina en bastidor que había en el liceo con caballos blancos en un campo verde y contra un cielo azul despejado. El me sintió, porque enseguida me dijo:

-Ya murió-

Frió y distante. Y era como ya no teníamos nada que hacer. El me armó un cigarro y nos quedamos en silencio, en la plena noche, mirando hacia el bulto oscuro e in^{vii.} De mañana bien temprano, en el vaho dulce del amanecer del verano, me fui a casa.

Se consiguió la indemnización y se compró un caballo nuevo. Volvimos con todo a las latas, y a ver quién de los dos escupía más lejos. Y volvimos con otros al arroyo, a jugar a las zambullidas y a sacar piedras lisas y verdes del fondo. Las golondrinas no tenían apuro y nosotros tampoco. Ni cuando hablábamos de nosotros, que queríamos correr por ~~xxxx~~ ahí, atrás de caballos libres e inmortales. No había apuro. Faltaba para las clases. Y el mundo podía esperar.